

Dirección, Redacción y Administración. Plaza de la Constitución, 5.

El Pueblo

Precios de suscripción

En Totana el mes, 0'60

Fuera, el semestre, 4'00

El año 8'00

Pago adelantado

Semanario de información general y fomento agrícola

No se devuelven los originales



Con censura Eclesiástica



La Correspondencia al Director

La revolución ha surgido

España renace o sucumbe para siempre.

Ha sonado la hora de las reivindicaciones. El malestar que latía en nuestra patria, hace desgraciadamente muchos años, por la falta de hombres de buena voluntad a la vez que por alejamiento de los que con moralidad y condiciones suficientes para gobernarlos, se apartaban del palenque político, dejando a los otros las riendas de los poderes públicos, ha sido la causa de llevarnos a una situación de farsa, embrollos, malversaciones y compadrazgos, capaces de aniquilar a un país, apesar de esforzarse centuplicando sus energías en todos los ramos de producción y de consecuente riqueza.

Los momentos que atravesamos, completamente revolucionarios, sostienen la tensión del sentir nacional, que hace tiempo anhelaba.

Las noticias divulgadas desde el pasado jueves, de la actitud adoptada por el Capitán General de Cataluña, seguida por los de otras regiones, han tenido una completa cabida en el sentir de los buenos ciudadanos.

Había que hacer un esfuerzo supremo y definitivo para terminar una vez con la farsa y el engaño de la política que nos aniquilaba y nos guiaba indefectiblemente a la perduración, al deshonor y a la ruina nacional.

En distintas ocasiones se han hecho tentativas para evolucionar y ya que siempre se han estrellado estos esfuerzos había que ir, era imprescindible hacer la revolución, pero la revolución desde arriba, para evitar las estridencias de la sangre y ha sonado la hora.

A nadie puede ocultarse la trascendencia de estos momentos de nuestra Patria; para nosotros son conceptuados tan críticos y de tan grave importancia, que los suponemos hasta superiores a los que crearon la revolución de septiembre ocasionales del destronamiento de Isabel II.

Habrà quien analice y piense sobre si la iniciación de este movimiento correspondía a quienes lo han iniciado.

Habrà quien recuerde que este ejército que lo impone es el que sufrió el desastre que comenzó en Annual y terminó con el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla.

No; no es este el momento de hacer consideraciones de esa naturaleza o parecidas, es el momento solo de pensar que un organismo, el único capaz de mantener el orden, entorpece una vida que terminaba con la vida misma, que en el manifiesto a la Nación que lanza el Capitán General de Cataluña iniciador del movimiento, reboza de patriotismo y deseo de atajar de una vez y para siempre las negruras de la inmoralidad que nos envolvían como el manto de la noche o el de la muerte y que pide el concurso de las personas honradas para salvar a nuestra patria, castigar al que delinquiró por las sanciones de tribunales no influenciados por la política y alejar de esta aquellos insanos reptiles que desmembraban la autoridad de nuestras sagradas instituciones y manchaban las sublimes páginas de nuestra gloriosa historia.

Ha comenzado la transformación en las altas esferas, en los grandes centros nacionales, en las mayores ciudades.

Hasta nosotros solo han llegado las noticias. Podemos decir que la revolución solo la sentimos en el aspecto moral. Pero no está demás que nuestro espíritu adquiera el temple para que el día que tengamos que prestar nuestro esfuerzo individual o colectivo, hayamos hecho una perfecta meditación y con una sana premeditación seamos de aquellos ciudadanos que amantes fervientes de nuestra Madre Patria ayudemos a los que se esfuerzan por que se restablezca el imperio de la moralidad, de la razón y de la justicia y que seamos de los que procuremos y consigamos como también dice el manifiesto a que antes hemos hecho referencia, de aquellos que hagamos resurgir una patria que hoy sea respetada y mañana admirada.

¡Viva España!

¡Viva el Rey!

¡Viva el Ejército!



Impresiones de estos días

Después de mi última excursión a la Ciudad, ocasionaria de la crónica de la anterior semana «Una tarde a perros», no me sentía en absoluto con la más remota intención de volver a saborear, cuando menos por ahora, de las delicias ciudadanas; pensaba seguir disfrutando lo poco que resta de buen tiempo, para conseguir allá en las lejanías de Morti, entre naranjos, apartado del ruido y de eso que algunos llaman discretos y que por otros de comadreos los califican, gozando de paz, reposo y silencio, cosas a veces altamente necesarias para el buen vivir.

Pero, al romper hoy las fajas de los periódicos y quedar alarmado al pasar la vista por los grandes rotulares que encabezan las planas de todos ellos y desgranar con avidez sus contenidos, ¿quién se resiste a la tentación? Decíame preguntándome ¿quién sabe si ya se sabrá en el pueblo algo más?

Casi instintivamente, entro en mi cuarto cojo un traje no tan raído como el que llevaba puesto y hasta con alguna precipitación me dirijo hacia donde estaba decidido a no bajar hasta cuando Dios sabe.

Aligerado el paso, pronto relativamente conseguí encontrarme en el centro de ordinario más concurrido de Totana, en el Gran Casino.

Mediaba la tarde y apesar de ello observé que la animación y concurrencia era mayor que lo ordinario en aquellas horas.

No eran varios los círculos como otras veces en la puerta, era uno sólo, tan amplio, que toda completamente la invadían no solo los que sentados estaban, si no los que en pie formaban doble fila y casi siempre escuchaban y otras veces con marcada modestia interrumpían a los que a modo de disertación hacían uso de la palabra.

Comentarios sobre lo que todos habíamos leído en los periódicos llegados en el correo.

Impresiones personalísimas que según la autoridad del que las daba eran acogidas con más o menos interés: como siempre ocurre.

Si, lo que bien se notaba era una grandísima avidez por conocer algo nuevo, pero nadie, nadie daba sensación alguna de novedad.

Estaban presentes casi todos los primates de nuestra política, que había que observar sus caras, cuando alguien repetía alguna frase o idea de las suscritas en el manifiesto del general Primo de Rivera referente a la alejación de la intervención de los cargos públicos de todos aquellos que han intervenido en el manejo de los mismos dentro de los partidos que han gobernado hasta ahora.

Había entusiastas de la actitud del general Primo de Rivera y algunos de ellos, produjeron mi más completa hilaridad cuando sus frases llenas de calor y entusiasmo provocabanme el recuerdo de que vivieron y viven únicamente de la aberración, del favoritismo o de la inmoralidad; que son bedores sempiternos en el grifo gordo de la política, que parece que ha hecho

crisis y me preguntaba. ¿Si se cumple el programa de la actual revolución qué va a ser de éste? ¡Pues había que escucharlos!

Se habló por alguien de que ya había sido destituido el Gobernador de Murcia y entonces hubo que ver el gesto que hizo alguno que ejerce autoridad y que de él depende.

Había quienes parecían estar dominados por un fuerte dolor de cabeza y no decían una palabra, estos eran los que hasta hoy han ocupado los más altos puestos entre nuestros políticos.

Hubo quien aseguró que los militares se incautarían de los Ayuntamientos, pero antes haciendo una detenida inspección del estado de estos para hacer responsables a los que resultaran culpables. A lo menos cuatro de los presentes se les puso la cara de color de cirio.

También tuvimos nuestros momentos cómicos. Llega uno diciendo:—Todo está arreglado, señores. Le abren paso hasta al centro del círculo, al notar su desenvoltura y decisión. Habla varios le dicen y entonces repitiendo la frase pronunciada al llegar y que ocasionó la admiración dice, que todo está arreglado, concluye de llegar Campoy y ya está arreglado todo lo de los toros.

La indignación y las protestas consiguen que completamente abroncado se retirara diciendo: «pues es una noticia, pues qué querían».

Momentos después llega un auto de Murcia que conduce a dos conocidos, varios les interrogan y acosan a preguntas, los telegramas de la tarde en la capital no adelantan nada nuevo sobre lo conocido y en vista de no agregar ni la más pequeña noticia a los informes obtenidos en la prensa, regreso al huerto a la hora de cenar.

FRAY VELÓN

Una vez hubo un Rey.....

Lo que voy a relataros en estas cuartillas, es una de las más felices páginas de mi historia. Contaba yo trece años, cuando cursaba el 2.º de Comercio. Mi cerebro encerraba ya grandes ideas y atrevidos pensamientos, que no iba a tardar en ver realizados, gracias a un soberano impulso de mi voluntad.

Cuando llegó aquél año el verano, fui de vacaciones a la hermosa ciudad de Écija, llamada por los romanos «Astigis» (Ciudad del Sol) y conocida en toda la región, actualmente, por «la sartén de Andalucía».

Y aquí entra el período, que pudiéramos llamar de transformación de mi vida. Nos reuníamos varios muchachos, de la misma edad, poco más o menos, en casa de un amigo y

allí pasábamos las bochornosas siestas, jugando las mas de las veces o contando cuentos, en lo cual era una maestra consumada, Elena, la hermana de Pepe Luis (que así se llamaba la hermana de nuestro amigo).

Elena era mucho mayor que nosotros. Tendría unos 29 o 30 años; rubia, de una blanca-martileña; sus ojos, sus grandes ojos azules de dulce mirar, brillaban cual dos luceros. Era bella, pero no de belleza provocativa, sino de una belleza serena y reposada, mayestática. Era nuestro guía, la que despertaba a la vida nuestras dormidas imaginaciones de niños, encaminándonos por una senda imaginaria de virtud. Era para nosotros como una madre, como una hermana mayor. Era en fin, nuestro ángel tutelar... y la adorábamos.

Sus manos, sus blancas manos semejantes a sutiles mariposas, se posaban algunas veces sobre nuestra frente y entonces, sintiéndonos poseídos de una dicha inefable, cerrábamos los ojos y nos creíamos transportados al paraíso eterno de que tanto nos hablaba ella.

Pero no todo eran dichas en mi alma. Pasó un poco de tiempo y yo sentía dentro de mí una sensación desconocida, un afecto hacia Elena, tan hondo, tan profundo, que no podía confundirse con el cariño de niño que hasta entonces le profesaba. Mi vida se iba desarrollando; empezaba a amar. Por entonces no podía comprender la sensación que experimentaba al estar a su lado, al oír su acento que, cual un mágico conjuro, haciame quedar suspenso de sus labios, y sobre todo al mirar sus dulces ojos azules, llenos de ternura; pero hoy, ya experimentado en estos lances, comprendo que aquél afecto, aquella sensación, eran un amor incontundible, un amor sin límites y que elevaba mi alma de adolescente hasta la suya magnífica de mujer.

No sé si ella comprendió lo que dentro de mi pecho ocultaba. Lo cierto es que cada día que pasaba me miraba con más interés, me acariciaba casi con lástima. ¡Y lástima debía de tenerme todo el que conociese mi irrealizable sueño! Pero irrealizable o no, este sueño, seguí acariciándolo en mi mente y aún hoy recuerdo

